



## OFICIOS VIERNES SANTO

“ESTA ES LA VERDADERA, LA PERFECTA, LA ESTABLE Y CONSTANTE AMISTAD ... LA QUE, PUESTA A PRUEBA DE ESTA MANERA, NO CEDE; LA QUE, A PESAR DE TANTOS GOLPES, NO CAE; LA QUE, BATIDA POR TANTAS INJURIAS, SE MUESTRA INFLEXIBLE; LA QUE, PROVOCADA POR TANTOS ULTRAJES, PERMANECE INMÓVIL. ANDA, PUES, HAZ TÚ LO MISMO”[1].

En este Viernes Santo no contemplamos en primer lugar los golpes, las injurias, los ultrajes, sino la amistad inquebrantable que vive el Señor Jesús.

Este es el objeto verdadero de nuestra fe. Creemos en Él, que hace presente esta amistad en la que confiamos para siempre. Confiamos en Él, creemos en Dios, su Padre y nuestro Padre.

En la Cruz se manifiesta la alianza perfecta, en el amor y la fidelidad, vivida desde lo más íntimo, comprensible para nosotros, que anhelamos desde lo hondo la amistad que pueda liberarnos, hecha de una misericordia que es aprecio verdadero y gratuito, afirmación incondicional de nuestro bien, de nuestra persona.

Podemos mirar a la Cruz y, viendo la Pasión, que es entrega, en la que nos habla lo más verdadero y personal de Jesús, recordar sus palabras en la Última Cena: esta es la sangre de la nueva y eterna Alianza, derramada por vosotros y por muchos para el perdón de los pecados.

La Alianza, llamada a permanecer para siempre, está hecha de una fidelidad ya plena y nueva, por supuesto de Dios, pero también del hombre.

Dios es fiel, a su Palabra y a las promesas hechas; es fiel, por tanto, a Adán y Eva, a Noé, a Abraham, Isaac y Jacob, a Moisés, a su Pueblo; en realidad, a su Creación, en lo íntimo de la cual, desde el origen habitando en el corazón de los hombres, resuena la palabra transmitida por la Escritura: vio Dios que era bueno; la promesa, por tanto, de un bien pleno.

La fidelidad divina se demuestra no dejándose vencer por la infidelidad humana, por las mentiras, los olvidos y abandonos, por las obras de injusticia y de opresión, por los muchos pecados que destruyen la obra divina, que conducen a la muerte, y que son en lo íntimo un rechazo y una ofensa a Dios.

[1] BEATO ELREDO, Tratado sobre la amistad espiritual, I, III: PL 195, 692-693

Pero Él sabe que somos carne, un soplo que pasa, y se compadece lleno de misericordia. Se hace uno como nosotros, asume nuestra naturaleza y, con ella, su mortalidad, el peso de nuestros pecados; alzando como un estandarte: todo el que sienta el poder del pecado, todo el que se vea amenazado por la muerte, puede levantar la mirada a la cruz y confiar en la fidelidad del Padre, que no rompe la Alianza, que, entregándonos a su propio Hijo, nos da pruebas de una amistad que, por su parte, nada podrá negar.

El Señor revela así su gloria ante los ojos de todos, y pueden verlo los sencillos y humildes, los de corazón quebrantado. Es una gloria que se manifiesta en una misericordia que no ofrece perdones desde lo alto, sino que experimenta con nosotros todo el peso del pecado, el sufrimiento que comporta para el ser humano, la destrucción física y la violencia moral, la agresión a las conciencias y los corazones, que quedan en la oscuridad y el abandono, sin sostén ni amparo en este mundo.

Las ofensas de los pecados, que caen sobre cada uno, el daño que hacen a la humanidad de muchas maneras, caen también sobre Él. No quiere perdonar sin saber y experimentar el dolor del mal, el peso del pecado del mundo. Y es su gloria, como Dios fiel, poder hacerlo: *unus ex Trinitate passus est.*

Pero en Jesús también el hombre es fiel. Su corazón, plenamente humano, unido al Padre, conducido por el Espíritu en el cumplimiento de su misión, es fiel a Dios, a su Alianza, a su voluntad para con nosotros, con este mundo.

Jesús cumple así también nuestra parte, para con Dios y para con los hermanos. Con palabras del Salmo, podrá decir: el celo de tu casa me consume, las afrentas con que te afrentan caen sobre mí. En su amor al Padre, siente como hechas a Él las muchas afrentas que nuestro mundo hace a Dios, y que se hacen también siempre al prójimo y a los más pequeños, que Dios ama.

Jesús pedirá perdón a Dios en nuestro nombre; pero sabiendo, experimentando de alguna manera en su corazón, como si fuesen propias, las afrentas hechas a Dios por el mundo que lo niega. Pide así perdón en toda verdad al Padre, conociendo y sabiendo lo que dice, el peso y la injusticia radical de las afrentas. Él pide perdón al Padre, porque lo ama; porque es lo único justo y adecuado para un corazón verdaderamente humano, que se vuelve hacia Dios y reconoce el pecado cometido.

Pero Jesús es fiel igualmente a sus hermanos. Participa de la fidelidad divina, según la voluntad del Padre, que no rechaza, no desprecia, no excluye a nadie; que quiere perdonar el pecado de su Pueblo y de todo el mundo

Ser fiel a sus hermanos es la expresión en su corazón de la fidelidad a Dios, a la voluntad salvadora de Dios. Jesús da la vida por sus amigos, aun siendo y porque son pecadores. Hará el gesto en toda su verdad, sabiendo y experimentando hasta el fondo lo que implica, sin retirarse aun cuando esta amistad signifique sufrir ultrajes, ofensas, violencias y golpes, y la muerte misma. Experimentar todo el peso del pecado, todas sus consecuencias, toda su destrucción de la humanidad, es el camino que quiere recorrer para ser fiel a los hombres, para pedir de verdad perdón.

Nosotros muy mal haríamos, si no viésemos esta amistad perfecta, esta Alianza nueva y eterna de Dios con los hombres. Si no reconociésemos el Amor de Dios, que nos antecede, que envía a su Hijo hecho hombre, para que también un corazón humano sea fiel, sostenga la historia, permita decir que la creación es buena.

No podemos dejar de ver la grandeza de este amor del Señor, la dignidad de su batalla, la dignidad de la vida a la que está llamado todo hombre, a la que Dios nos llama.

Contemplando la Cruz, veremos el peso del pecado, del mal; evidente en el sufrimiento que provoca, hasta hoy, masivamente: hasta los desprecios manifiestos de la vida, de quien va a nacer como de quien es mayor, o de quien es sacrificado sin pena en mil guerras inaceptables; hasta el desprecio profundo de lo más humano, de la verdad y la dignidad, del amor verdadero entre esposos, de la relación de los padres con los hijos, de los maestros con los alumnos, de los que trabajan juntos en mil empresas, etc.

Desprecio del hombre que, sabemos ahora con más conciencia, es desprecio y ofensa a Dios.

Pero comprendemos el dolor del pecado, tanto más, cuanto más percibimos la verdad, lo decisivo del amor, de esta amistad que ha de dar forma a la vida humana. Vemos entonces no sólo lo que sufren las personas, sino también lo que se destruye, lo que no se vive, lo que no se ama, mientras se abren las puertas a la muerte de muchas maneras.





*AVE CRUX, SPES UNICA*

Contemplando la Cruz, sabemos que esto Dios no lo quiere, ni ningún ser humano que no reniegue de sí mismo. Pero sabemos también que existe la respuesta y el camino, abierto y realizado por Jesús, por el que todos podemos ir a pesar de nuestras debilidades y pecados. Es el camino de su Amor redentor, de esta Amistad que hemos de reconocer siempre, que hemos de guardar en el corazón de modo que no se olvide ni la oscurezcan los males de la vida.

Es la Amistad fiel, la Alianza definitiva que el Señor realiza en su Pascua, cumpliendo en su pasión la voluntad del Padre. De modo que, gracias a Él, la Cruz sea ya verdaderamente el lugar en el que brilla la luz, la gloria verdadera, vencedora de la muerte

Hoy la veneraremos de nuevo especialmente: *Ave crux, spes unica*.

+Alfonso,  
Obispo de Lugo